



ROBERT SILVERBERG

TIEMPO DE CAMBIOS

PREMIO NEBULA 1971

Bajo el sol verde-dorado de Borthan, la humanidad ha encontrado la paz, pero a un terrible precio: la comunicación es un pecado, la intimidad no existe, y la sola mención de la palabra «yo» es una obscenidad. Kinnall Darival es un hombre que ha nacido en este mundo. Cuando conoce a Schweiz, un comerciante terrestre, su sistema de valores se trastoca y experimenta cada vez más dudas que le conducirán a ser un proscrito entre los suyos y a provocar el dolor en aquellos que ama.

«*Tiempo de cambios*» es el apasionante diario de Kinnall Darival con el que ROBERT SILVERBERG, el mago de la caracterización, obtuvo el premio *Nebula* a la mejor novela de ciencia ficción del año 1971.

ROBERT SILVERBERG es, asimismo, ganador de tres premios *Hugo* y cinco *Nebula*, y es el autor que más nominaciones ha obtenido al premio *Hugo*.

Para Terry y Carol Carr

Introducción

Me contaron que alguien escribió una vez una novela, en la cual no existía ninguna palabra que contuviera la letra e. En cuanto tuve noticia de ello, la idea me hizo estremecer; porque escribir novelas ya es un trabajo bastante difícil cuando se usan todas las posibilidades del vocabulario propio, y meterse en una desventaja como esa es suficiente para asegurarle a uno, como mínimo, un caso de hipo terminal. Ojalá no tenga nunca la necesidad de intentar tales acrobacias, pensé.

Y ahora, años más tarde, me encuentro embarcado en una novela en la que se le prohíbe a cualquier personaje el referirse a sí mismo en primera persona.

Llevaba trabajando en ella durante una semana, más o menos, luchando contra la extraña necesidad de evitar pronombre tan importante como el famoso yo, cuando me acordé de la novela sin e. Rompí a sudar y me pregunté cómo podría llegar al otro extremo de mi libro con mi juicio razonablemente intacto. Entonces respiré hondo, me dije a mí mismo que no estaba escribiendo mi libro como un ejercicio acrobático ni como ninguna penitencia, y volví al trabajo. Y, por fin, terminé la novela, que se publicó y ganó un premio Nebula como el mejor libro de ciencia ficción de 1971, y viví felizmente desde entonces para siempre, y nunca volví a exigirme otra vez un ejercicio parecido.

Desde luego, la razón por la cual yo debía evitar el uso del yo en *Tiempo de cambios* no era la de demostrar mi propio ingenio, sino la de representar, mediante una aproximación gramatical a un lenguaje equivalente, las prácticas

lingüísticas de una cultura extraterrestre tan reprimida, tan encadenada por una modestia tan rigurosa, que todas las referencias a uno mismo eran tabú, y había que aludir a ellas mediante eufemismos. No era una idea especialmente original —existen culturas en nuestro mundo, especialmente entre los esquimales, en las que el uso de la primera persona del singular se considera un lenguaje incorrecto—, pero pensé que esto era razonablemente nuevo para la ciencia ficción. Naturalmente, en eso me equivocaba. (En la ciencia ficción, las ideas absolutamente nuevas son mucho menos comunes de lo que generalmente se sospecha. Quiero decir ideas completamente nuevas, no simples variantes ingeniosas de ideas ya familiares; la última de ellas de la que puedo acordarme es el concepto de «espejo lento» de Bob Shaw, y ya hace de eso una docena de años. De cualquier modo, probablemente me estoy olvidando de que algo muy parecido al espejo lento figura en una novela de Julio Verne de 1883).

En fin, la situación central de mi *Tiempo de cambios* se usó anteriormente en una obra muy conocida, un libro que leí en 1953 y que hacía mucho tiempo que tenía olvidado. Era Antífona, de Ayn Rand, una novela corta publicada por primera vez en 1946, y dedicada al acostumbrado tema de Rand: «El mundo está pereciendo en una orgía de auto sacrificio». En el mundo distópico de Antífona, la sociedad colectiva ha triunfado, y el pronombre singular de la primera persona ha sido abolido, el narrador habla de sí mismo como nosotros, como lo hace cualquier otro en esa sociedad, pero descubre al final la Palabra Indecible, e inicia una revolución para restaurar los derechos sagrados del ego individual. Esto no es precisamente lo que yo estaba haciendo en *Tiempo de cambios*, en donde el problema no es el de un socialismo colectivista que lo engulle todo, sino más bien una severa, ritualizada y formalizada pseudo modestia que encubre la feroz auto afirmación del macho. Pero el efecto narrativo es el mismo. Existe un parecido entre el

personaje de Rand y la lucha del mío moviéndose entre espesuras gramaticales para alcanzar la liberación de sí mismo; la manera que ella tiene de hablar de sí misma como nosotros, y la mía, en la que él habla de sí mismo como uno, así como una rígida cortesía similar en ambos estilos. Sin embargo, lo que me sorprendió como más fantástico fue el parecido entre las líneas del comienzo de Rand y las mías. Cuando redescubrí Antífona en 1972, casi veinte años después de la última vez que la había leído o pensado acerca de ella, y unos cuantos años después de haber escrito *Tiempo de cambios*, éste era, ante mi asombro, su primer párrafo:

Es un pecado escribir esto. Es pecado pensar en palabras que los demás no piensan y escribirlas en un papel que los demás no van a ver. Es infame y malo. Es como si estuviéramos hablando solos, no para otros oídos que los nuestros propios. Y sabemos muy bien que no hay trasgresión más negra que hacer o pensar algo solos. Hemos roto las leyes. Las leyes dicen que los hombres no pueden escribir sin que se lo pida el Consejo de Vocaciones. ¡Ojalá seamos perdonados! (...)

Aquí está oscuro. La luz de la vela todavía se alza en el aire. Nada se mueve en este túnel, salvo nuestra mano sobre el papel. Estamos solos aquí, bajo la tierra. Es una palabra temible: solos. Las leyes dicen que ninguno, de entre los hombres, debe estar solo, siempre y en cada momento, porque esto es la gran trasgresión y la raíz de todo mal. Pero hemos roto muchas leyes. Y ahora no hay nada que salve nuestro único cuerpo, y es extraño ver solamente dos piernas estiradas sobre el suelo y, sobre la pared que está ante nosotros, la sombra de nuestra única cabeza.

Miremos ahora la primera página de *Tiempo de cambios*. El parecido es asombroso: el narrador de Rand, solo en un túnel; el mío, en una choza desierta; ambos comienzan su narración hablando de sus transgresiones contra una sociedad rígida. Yo incluso había olvidado la existencia del libro de ella cuando comencé el mío y, aunque se me podría argumentar que cualquier cosa que leamos queda registrada de un modo permanente en algún rincón de nuestro cerebro, y puede aparecer flotando en la conciencia en cualquier tiempo posterior este parecido solamente puede considerarse como una coincidencia, aunque bien extraña. (El resto de mi libro, gracias a Dios, se parece bien poco al de la Rand).

Escribí *Tiempo de cambios* en el verano de 1970, y fue, supongo, la respuesta a todo lo que había sucedido en los últimos pocos años de la década de 1960, ese tiempo de cambios para muchos de nosotros. Yo había sido tan rígido y controlado como cualquier otro, en el mundo pre-Beatles, pre-psicodélico, pre-revolucionario de los años de Eisenhower, y me había mecido en las transformaciones de la década loca que los siguió, transformaciones que alteraron mi actitud hacia la vida, mi modo de vestir, mi trabajo y cualquier otra cosa. En 1970 flotaba emocional y espiritualmente entre Nueva York y California, entre la vida antigua y la nueva, y oscilaba inciertamente, sin optar abiertamente por California todavía; y *Tiempo de cambios* es el registro de este sollevamiento interior, alterado por las metáforas de la ciencia ficción, pero completamente reconocible por todo lo que se advierte tras ellas. (Algunos de mis amigos más sinceros no han comprendido el libro, pensando que se trataba simplemente de un panfleto para defender el uso más amplio e incontrolado de las drogas psicodélicas. No fue ésa mi intención en absoluto, pero es difícil conven- cerles).

La novela se publicó en forma seriada en *Galaxy Science Fiction*, la principal revista editora de mis obras en esa

época, y antes, en 1971, fue publicada, en una edición en cartoné, por el *Science Fiction Book Club*, apareciendo la primera edición en rústica ese mismo verano. En abril de 1972, los miembros de la *Science Fiction Writers of America* la galardonaron con un Nebula como la mejor novela del año, y, pocos días después, comencé mi nueva existencia en el área de San Francisco y volé a la ceremonia de los premios en Los Angeles para recoger mi elegante trofeo de lucita. Había algo deliciosamente apropiado, creo yo, en que se le concediera un *Nebula* a *Tiempo de cambios* la misma semana en que yo había roto con mi antigua vida retirada en Nueva York para respirar el aire más fresco y más extraño de California.

1

Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí.

Es una declaración que me resulta extraña. Observo la página y reconozco mi escritura —letras estrechas, rojas, verticales, sobre el áspero papel gris—, y veo mi nombre, y oigo en mi mente los ecos del impulso cerebral que engendró esas palabras. «Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí». Increíble.

Esto será lo que el terrestre Schweiz llamaría una autobiografía. Es decir, un relato de la persona y acciones de uno, escrito por uno mismo. No es una forma literaria que entendamos en nuestro mundo; debo inventar mi propio método narrativo, ya que no tengo precedentes que me guíen. Pero es lo que debe ser. En este planeta mío ahora estoy solo. En cierto sentido he inventado un nuevo modo de vida, seguramente puedo inventar un nuevo tipo de literatura. Siempre me han dicho que tengo talento para las palabras.

Me hallo en una choza de tablas, en las Tierras Bajas Abrasadas, escribiendo obscenidades mientras aguardo la muerte, y alabándome por mi talento literario.

«Soy Kinnall Darival».

¡Obsceno! ¡Obsceno! En esta página ya he utilizado el pronombre «yo» casi veinte veces, creo. Soltando también, descuidadamente, palabras tales como «mi», «mí», «me», tantas veces que no quiero ni contarlas. Un torrente de desvergüenza. Yo yo yo yo yo. Aunque expusiera mi virilidad en la Capilla de Piedra de Manneran el Día de la Elección del Nombre, no estaría haciendo algo tan detestable como

lo que ahora hago aquí. Casi podría reírme. Kinnall Darival practicando un vicio solitario. En este sitio desgraciado y desierto se frota su apestoso ego y grita al viento cálido pronombres ofensivos, con la esperanza de que serán llevados por las ráfagas y ensuciarán a sus semejantes. Anota frase tras frase en la desnuda sintaxis de la locura. Si pudiera, te sujetaría por la muñeca y te vertería cascadas de basura en la oreja, aunque no quisieras. ¿Y por qué? ¿Está de veras demente el orgulloso Darival? ¿Su vigoroso espíritu se ha derrumbado del todo bajo las dentelladas de serpientes mentales? ¿No queda más que su cáscara, sentada en esta mísera choza, haciéndose cosquillas obsesivamente con palabras vergonzosas, murmurando «yo» y «mí» y «me», amenazando turbiamente con revelar las intimidades de su alma?

No. Es Darival quien está cuerdo, y vosotros los que están enfermos, y aunque sé lo descabellado que esto suena, no lo cambiaré. No soy ningún lunático que murmura obscenidades para sacar un poco de placer a un frío universo. He pasado por un tiempo de cambios y he sido curado de la enfermedad que afecta a quienes habitan mi mundo, y escribiendo lo que me propongo escribir tengo la esperanza de curarte a ti también, aunque sé que estás en camino hacia las Tierras Bajas Abrasadas para matarme por mis esperanzas.

Sea, pues.

Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí.

2

Aún me acosan persistentes vestigios de las costumbres contra las cuales me rebelo. Tal vez puedas empezar a comprender cuánto me cuesta encuadrar mis frases en este estilo, retorcer mis verbos para que correspondan a la construcción en primera persona. Hace diez minutos que escribo, y tengo el cuerpo cubierto de sudor, no el sudor caliente del aire abrasador que me rodea, sino el sudor húmedo y pegajoso del esfuerzo mental. Conozco el estilo que debo usar, pero los músculos de mi brazo se rebelan contra mí, y luchan por escribir las palabras al viejo estilo, diciendo: «Hace diez minutos que uno escribe y tiene el cuerpo cubierto de sudor»; diciendo: «Uno ha pasado por un tiempo de cambios, y ha quedado curado de la enfermedad que afecta a quienes habitan su mundo». Supongo que gran parte de lo que escribí podría haber sido expresado al modo antiguo sin problemas; pero estoy en guerra contra la gramática de mi mundo, negadora del yo, y si fuese necesario defenderé con mis propios músculos el derecho de ordenar mis palabras de acuerdo con mis actuales ideas filosóficas.

En todo caso, aunque mis anteriores hábitos me traicionen haciéndome construir erróneamente mis frases, lo que quiero decir traspasará el telón de palabras. Tal vez diga: «Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí», o tal vez diga: «Uno se llama Kinnall Darival y va a contártelo todo sobre él», pero no hay verdadera diferencia. De un modo u otro, el contenido de la declaración de Kinnall Da-

rival es —según tus normas, según las normas que yo quiero destruir— repugnante, despreciable, obsceno.

3

También me inquieta, por lo menos en estas primeras páginas, la identidad de mi público. Supongo, porque debo hacerlo, que tendré lectores. Pero ¿quiénes son esos lectores? ¿Quiénes son ustedes? Acaso hombres y mujeres de mi planeta natal que vuelven furtivamente mis páginas a la luz de una antorcha, temerosos de la llamada a la puerta. O quizá habitantes de otros mundos que leen por diversión, escudriñando mi libro en busca de la percepción que pueda darles de una sociedad extraña y repelente. No lo sé. No puedo establecer ninguna relación fácil contigo, mi lector desconocido. Cuando concebí por vez primera mi plan de poner mi alma sobre papel, creí que sería sencillo, una mera confesión, nada más que una prolongada sesión con un drenador imaginario que escucharía interminablemente y al final me absolvería. Pero ahora advierto que debo adoptar otro enfoque. Si no eres de mi mundo, o si eres de mi mundo pero no de mi época, es posible que encuentres aquí muchas cosas incomprensibles.

Por lo tanto debo explicar. Quizá explique demasiado, y te ahuyente machacándote lo obvio. Perdóname si te instruyo sobre lo que ya sabes. Perdóname si mi tono y modo de ataque presentan incoherencias, y parezco estar hablándole a otro. Es que no serás para mí una figura inmóvil, lector desconocido. Para mí tendrás muchas caras. Ahora veo la nariz ganchuda de Jidd el drenador, y ahora la afable sonrisa de mi hermano vincular Noim Condorit, y ahora la suavidad de mi hermana vincular Halum, y ahora eres el tentador Schweiz, de la pobre Tierra, y ahora el hijo del hijo

del hijo del hijo de mi hijo, que nacerás dentro de muchos años y ansiarás saber qué clase de hombre era tu antepasado, y ahora eres algún forastero de otro planeta, para quien nosotros, los de Borthan, somos grotescos, misteriosos y desconcertantes. No te conozco, por eso seré torpe al tratar de hablar contigo.

¡Pero, por la Puerta de Salla, antes de que termine este relato me conocerás como nunca ha conocido nadie a un hombre de Borthan!

4

Soy un hombre de edad mediana. Desde el día en que nací, Borthan ha viajado treinta veces alrededor de nuestro sol verde-dorado, y en nuestro mundo se considera viejo a un hombre si ha vivido durante cincuenta de esas vueltas, mientras que el más anciano de que he oído hablar murió casi en la octogésima. Acaso eso te permita calcular la duración de nuestras Vidas, en función de la tuya, si resultas ser de otro mundo. El terrestre Schweiz se atribuía una edad de cuarenta y tres años según cómputos de su planeta; sin embargo, no parecía mayor.

Mi cuerpo es fuerte. Aquí cometeré un doble pecado, ya que no sólo hablaré de mí sin avergonzarme, sino que mostraré orgullo y placer por mi yo físico. Soy alto: una mujer de estatura normal apenas me llega a la bóveda inferior del pecho. Mi pelo, que es negro y largo, me cae sobre los hombros. Recientemente han aparecido en él hebras grises, como así también en mi barba, que es abundante y apretada, y me cubre gran parte de la cara. Mi nariz es prominente y recta, con puente ancho y ventanas amplias; mis labios son carnosos y me dan, se dice, un aspecto sensual; mis ojos son de un color pardo oscuro, y están bastante separados. Según me han dado a entender, parecen los ojos de alguien que ha estado habituado durante toda su vida a dar órdenes a otros.

Mi espalda es ancha, y mi pecho amplio. En casi todas partes me crece un denso felpudo de pelo oscuro y áspero. Tengo brazos largos y manos grandes. Mis músculos están bien desarrollados y sobresalen bajo mi piel. Me muevo